



## «MY SECRET LIFE»

### CAPITULO 20

—Necesito de usted, Adriano. Estoy haciendo un estudio sobre la personalidad de las prostitutas congénitas...

—No, profesor. Los secretos de Adriano di Tola son secretos de estado. ¡Si yo os contase!

El doctor Starkestein sonrió triste y musitó: «Son bienes de salud pública». «¿Las prostitutas?». «Mis estudios psiquiátricos. Estoy escribiendo un libro...». «¡Un libro! No sois el único. Acompañadme». Vino conmigo hasta el desván. Allí, con un palomo ladrón picoteando sus nalgas, Sigmund Freud caminaba a gatas entre la correspondencia de mis años niños. Me volví al doctor: «Y no sólo ése que veis ahí, a punto de interpretar vuestros sueños. También López Ibor me pidió consejo para no sé qué trabajo sobre el amor y el matrimonio. Si habéis leído el libro notaréis que no le ayude en absoluto». «Sois un cachondo, joven —dijo Starkestein—. De todas formas, perdonad que insista. Vuestra colaboración me sería muy valiosa, herr von Tola». «Lo siento. Y ahora, dejemos solo a Freud con su manía de relacionar la estancia de mi madre en el sanatorio con mi capacidad amorosa. El otro día encontré mis poemitas de niño a los senos de mamá y se puso tan contento. ¡Pobre viejo...!». Le acompañé a la puerta. El doctor trató de ablandarme por última vez: «Vos sabéis mucho de estas cosas. Al menos, podríais escribirme el prólogo». «No, profesor, ese menester lo tengo reservado para cuando el doctor Burgos escriba su ensayo sobre chulos y manolas. Y ahora, si me lo permitís, os ruego que vayáis a hacer puñetas. La condesita de Piero-Grosso me espera con sus dieciocho años y sus dieciocho millones. No puedo hacerla esperar. La operación derribo en España ha declarado en ruina las treinta casas solariegas que me legase la Marquesa de Vega-Refil». Le di cien liras para que tomase café y cerré la puerta con suavidad. Iva de Piero-Grosso bajó de la lámpara y se acomodó en mis brazos. «¡Oh, Adriano! ¡Qué biceps!». «¿Quieres que saque bola?». «¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!». Saqué bola. La suavidad de mis músculos se concentró como un bloque de hierro macizo. Aflojé luego la tensión y el brazo recuperó su primitiva morbidez. En ese momento apareció Freud disfrazado de monaguillo y tirando de una cabra. «Joven —dijo—vuestro edípico complejo acabará por inhabilitaros para el amor. Noto en vuestras relaciones eróticas una entrega al dinero que no vivís en el otro cuerpo. Ya no os excita la carne. Os excita mucho más un billete de mil liras». «Más aún un billete de mil dólares. Pero, nada comparable a un puñado de amatistas». «¡Ay, ay, ay!...», me regañó el viejo cascarrabias y se tiró sobre una chaise-longue para auto-analizarse un rato. Iva sacó las amatistas y me las entregó. Mi madre podría seguir en el sanatorio a costa de aquel largo beso que regalé a la Piero Grosso. No es que esté enferma, es que la gusta vivir allí para reírse de los enfermos.

ADRIANO DI TOLA  
(Continuará)



### LAS BAJAS PASIONES

## LA IRA

**L**a ira es una baja pasión que ataca especialmente a los bajos. Los iracundos gruñen y hozan, pero no son comestibles por el sabor acre que tienen sus junturas y recovecos. La ira mueve a indignación y enojo y en los casos de ataques intenta moverse a sí misma sin conseguirlo.

Iracundo es un señor enfadado que suena. Irascipoyas son los señores que se enfadan por cualquier cosa de manera ridícula y grotesca.

Existe una ira santa y una ira laica, según la sientan los señores de derechas o los señores de izquierdas. Antiguamente, los primeros partían de cruzada. Ahora sólo queman librerías e insultan a los liberales que en paz descansen. Los

segundos, cuando en nuestro siglo de oro caían enfermos de ira, cruzaban el mar y se hacían bereberes. Actualmente hacen lo mismo, pero dirigiéndose hacia el norte.

La ira hace que el hígado segregue un humor viscoso de sabor amargo llamado bilis. Los nazis irritaban a sus prisioneros para que segregasen bilis que extraían para inyectárselas más tarde a sus soldados hipogástricos.

Hay muchas variedades de ira, pero las más importantes son la social, la política y la matrimonial. A veces, aunque con poca frecuencia, se unen las tres iras como por ejemplo cuando quien la padece está casado con la regidora de la

Sección Femenina de mayor nivel social al suyo. El divorcio reduce considerablemente la ira matrimonial, pero por ahora es un fármaco caro que sólo puede recetarse por prescripción eclesiástica. La ira social, en los casos benignos, se cura con un seiscientos y la política con una Dirección General en algunos casos y con un buen discurso con promesas, en los más.

La ira propende al flato verbal, enemigo personal, como se sabe, de los encuentros cristianos y dialécticos.

O sea, que abandone la ira y baile feliz en su redil con friegaplatos.

CH2

